

Larvas

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Tamara Silva Bernaschina, *Larvas*
Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-8393-367-1
Depósito legal: M-3148-2025
IBIC: FYB

© Tamara Silva Bernaschina, 2025
© De la ilustración de cubierta: Lucía Boiani, 2025
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2025

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Tamara Silva Bernaschina

Larvas



ÍNDICE

Mi piojito lindo.	11
No acampar ni abordar.	19
La gallinita ciega	33
Arena, arena, arena.	41
Agua quieta.	55
Jauría	63
Larvas.	77
La joven edad	87

*Voy a seguir tus pasos como si fuese un espía
coser tu cuerpo con el mío en una cirugía.*

DILLOM

MI PIOJITO LINDO

EL PROBLEMA no está en mi cabeza sino en otra parte. Yo sé, pero nadie me cree. A papá tampoco le creían y mi hermana nunca supo y ahora es muy tarde. A mamá no le gusta oír. A veces le cuento a Chicha, que es mi vecina y la encuentro siempre a la salida de la escuela, al sol, en la vereda de enfrente. A ella la voz le zumba adentro pero no habla y tampoco oye. Se quedó vegetal, dice mamá, aunque igual recibe, me parece, el movimiento de mis labios y de mis manos cuando le cuento de la luz y ella se agita como si le importara. Chicha me babea el hombro cuando me siento al lado suyo a advertirle, baba que te baba con zumbidos que me ponen nervioso y hacen que me vaya.

Mamá me ve cruzar la calle y me grita para que me apure. La veo ya con el cuaderno en la mano, sentándose en los escalones del frente de mi casa. Dejé de molestar a esa vieja, dice. Yo me río. Me hace gracia que mamá diga vieja. Mientras subo los escalones veo por la ventana mi túnica colgada en una silla y me acuerdo de esta tarde.

Mamá me despioja al sol. Dice que mi sangre es dulce porque siempre estoy llenito y que tengo que llevar el pelo atado para que los bichos de mis compañeros no se me suban a la cabeza. Y eso que yo me echo de mi perfume en la nuca y todo, digo, miento. Los piojos los revienta con la uña del dedo gordo y explotan en un sonido finito que me encanta. Le pido que me deje a mí también explotar uno y con mi uña siento el bulto contra el papel y aprieto y todo se llena de sangre. Pasa un ratazo así, humedeciéndome el pelo y después tajándome el cuero cabelludo con ese peine fino de metal que me cincha el pensamiento.

Aunque se ríe no me olvido. Porque ella intenta y me dice piojito, mi piojito lindo para que yo olvide esta tarde. Y yo le digo nomás mamá porque a diferencia mía que sí que parezco un piojo ella es siempre muy persona. Casi se muere de vergüenza mamá hoy temprano cuando la maestra la hizo llamar para decirle que estaba lleno de piojos. La vi quedarse bordó y no saber bien qué decir. La maestra la tranquilizó un poco pero después dijo lo prohibido. Dijo, capaz sería bueno cortarle el pelo al chico, para prevenir. Yo supe que todo se iba a poner mal cuando la maestra dijo eso. Mamá le dijo que imposible cortarme el pelo, que qué esperanza, que ella no tenía derecho a decir eso y que los piojos al fin y al cabo eran tan de ella como lo soy yo y que se meta en sus asuntos. Y a mí me enojó ese arranque porque la maestra es rebuena y los piojos son graciosos menos cuando mamá me pone veneno, que corren todos a la vez y me enloquecen la cabeza.

Después caminamos a la parada del ómnibus agarrados de la mano. Mamá fue a la farmacia a comprar un nuevo peine fino y veneno de piojo. Le dije que la maestra se iba a enojar conmigo por culpa de ella y mamá me miró fuerte y

sin querer lloré. Llorar hace mal, dice mamá. Las lágrimas ácidas rompen la piel. Mamá llorar no llora. Papá lloraba y de tanta agua ácida se disolvió un día. La abuela dice que eso es mentira de mamá. Que la gente no se puede disolver.

Pienso a veces en uno de mis últimos recuerdos con papá. Fuimos hasta la Virgen y dijimos cosas bajitas. Mamá parecía que hablaba otro idioma, aunque yo era chico y tanto de idiomas no sabía tampoco. Papá no hablaba nada y se quedó afuera de la capilla con mi hermana. Si se hubieran quedado adentro. Lejos del resplandor del cerro. Pero no. Y no supo él, pero ahí prometimos una cosa. Mamá prometió y yo lo que hice fue ponerle el cuerpo a la promesa. Soy varón, pero no me corto el pelo porque con mi mamá hicimos una promesa secreta. Secreta, no. No digas secreta porque eso se presta a preguntas, dice mamá. Y aunque yo pregunto qué promesa hicimos a la Virgen ella no dice. Y si ella tiene un secreto también yo quiero tener el mío.

Soy varón, pero no me corto el pelo porque con mi mamá hicimos una promesa. Soy varón, pero no me corto el pelo porque con mi mamá hicimos una promesa, y mi mamá tiene un secreto y yo tengo otro.

Cuando me suelta tengo el pelo casi seco y muy lacio. Digo que voy a sestar un poco. Mientras me alejo mamá me llama. Es elástica la voz de mamá porque antes de que termine de decir mi nombre yo ya me di vuelta a buscarla. Mamá me dice que espere y se va para adentro. Me deja en el escalón, al último solcito de la tarde. Vuelve con el frasco de aceite de coco y me masajea el pelo un rato más. Me da sueño de verdad ese masaje en la cabeza. Qué cansador estar piojoso, digo, y mamá se mata de risa. Esa es mi señal. Entonces sí. Digo que voy a sestar un poco, corro derecho al cuarto y cierro la puerta despacio. Me

hincó y de debajo de la cama saco el bollón que me regaló la abuela hace años. Antes estaba lleno de caramelos, pero ahora está lleno de pelo y piojos.

Mis mechones parecen más claros a través del vidrio. Miro de cerca. Los piojos andan de pelo en pelo y en el fondo hay una borra de bichitos muertos. Descubrí que no aguantan mucho porque no comen mechones, como pensaba, sino que me comen de la cabeza y todavía no sé darles de mi cuero cabelludo sin hacerme doler.

Aguanto el aire en los pulmones un segundo para adivinar dónde está mamá. La oigo respirar y rascarse la rodilla. Confío en que sigue sentada en el frente, al sol. Me abro el pelo y dejo caer piojos de vuelta a la cabeza. Cierro el frasco y con las manos masajeo bien para que entren a lo profundo y nadie se dé cuenta.

Una vez probé a ver si sirven mis piojos en el Scubi, pero me pareció que no, porque él tiene los suyos por naturaleza. Pulgas. Las pulgas tuyas sí sirven en mí, pero no me gustan porque pican y me dejan ronchas rojas y mamá cuando me las ve me pone una crema rosada que huele inmundito y me prohíbe rascarme, y hace que el Scubi duerma solo afuera.

También al Scubi cuando le ponen el veneno de pulga ellas le enloquecen el cuerpo y corre y se refriega en la tierra y en el sillón hasta que se le mueren todas y ahí recién se queda tranquilo y duerme.

Miro a mis pequeñitos. Los pongo al sol, por la rendija de luz que entra por la ventana y da sobre la mesa, para que hagan fotosíntesis. Piojitos, piojitos negros, culones, hinchados en sangre. Cómo los quiero.

Mamá misterio. Yo, niño piojo. Mi hermana, lejazo. Mi papá disuelto en agua ácida de tristeza.

A papá mis piojos le daban asco. Odiaba vernos a mí y a mamá sentados en los escalones del frente de casa,

con el cuaderno abierto y el peine fino en la falda, meta reventar los bichos contra la hoja arrenclonada. Una vez papá me quiso poner de la nafta de su bici mosquito en el pelo para matar mis piojos. No me gusta el olor de la nafta. Me dijo que a él le pusieron de chiquito y nunca más tuvo, y que eso iba a ser cortar el problema de raíz. Yo corrí a contarle a mamá y ese día se pelearon y papá se fue en su bici mosquito traqueteando en la noche. Volvió a las horas. Mamá no oyó, pero yo sí, porque soy sensible a los sonidos y siempre oigo cuando alguien viene. A mi hermana no se la habían llevado todavía y durmió bien toda la noche.

La bici mosquito de mi papá era especial. Un motor pegado al cuadro que lo dejaba andar para arriba y para abajo sin hacer ningún esfuerzo. Papá, una persona como mamá arriba de una moto insecto. Mamá le decía terraja cuando tenía que hablar sobre su invento. Después decía que no era invento, que mi padre no inventó nada y que las bicis mosquito existieron siempre. Son raras las cosas que se dicen al revés, porque papá sabía de las luces y ahí sí mamá dijo que eran un invento de él. De mi papáagua como jugolín sabor melancolía, que nunca inventó nada, pero sabía mejor de algunas cosas. Cuando no estuvo más vendimos su bici insecto y con esa plata mamá compró las cortinas antiluz y un pollo al spiedo entero que nos duró casi un mes.

El pollo no me gusta porque a veces muerdo tripa y me doy cuenta de que el pollo es cadáver de gallina. Papá me decía que no jodiera y terminara de comer porque hay niños que no tienen nada. Mamá cuando digo sobre el asco parece que llora y me retira el plato. Pero no me reta. Desde que vinieron es distinta y no grita ni pega. Es distinta mamá y no sé si me gusta.